

El entramado experto en la construcción de identidades en la contemporaneidad

Daniel Muriel¹

Recibido: 13-12-2014 / Aceptado: 08-06-2016

Resumen. En este artículo exploro cómo el saber experto participa en la construcción de identidades en la contemporaneidad. Partiendo de un breve desarrollo histórico en el que conecto figuras como las del intelectual (pre)moderno con figuraciones del saber experto contemporáneo, llego a la descripción de una sociedad marcada por las racionalidades políticas del liberalismo avanzado, la etopolítica y la emergencia y consolidación de una cultura experta. De aquí se derivan tres conclusiones: primero, el principal agente del saber en la contemporaneidad es colectivo, el entramado experto; segundo, estos entramados expertos gozan de una gran capacidad de mediación gracias a su grado de penetración en el tejido social; tercero, el entramado experto actúa como agente constructor de realidad social equiparándose a un dispositivo que responde a una urgencia histórica —la necesidad de construir sentido en la contemporaneidad— pero sin una particular volición que guíe su orientación estratégica.

Palabras clave: etopolítica; cultura experta; entramado experto; identidad; sentido social.

[en] Network of Experts in the Processes of Identity Formation within Contemporary Societies

Abstract. In this article I explore how the expert knowledge participates in the construction of identities in contemporary societies. After alluding to social figures such as the (pre)modern intellectual along with other contemporary actors, I describe the current social context as marked by the political rationalities of advanced liberalism, ethico-politics and the emergence and consolidation of an expert culture. From there, three consequences can be drawn: firstly, the most important knowledge agent in contemporary societies is collective, the network of experts; secondly, those networks of experts have a great capacity to produce transformations thanks to their grade of permeation throughout social fabric; thirdly, the network of experts acts as a social reality production agent similar to a dispositif that answers to a historical matter of urgency —the necessity of constructing meaning in the contemporaneity— but without a particular willing that guides its strategic orientation.

Keywords: ethico-politics; expert culture; network of experts; identity; social meaning.

Cómo citar: Muriel, D. (2017): “El entramado experto en la construcción de identidades en la contemporaneidad”, *Política y Sociedad*, 54(1), pp. 143-161.

¹ Universidad del País Vasco (España) / University of Salford (Reino Unido).
E-mail: daniel.muriel@ehu.eus / d.muriel@salford.ac.uk

Sumario. 1. Introducción. 2. Algunas figuraciones del saber: del intelectual totalizador al experto especializado. 3. La emergencia de una cultura experta y sus consecuencias: reflexividad riesgo e incertidumbre. 4. La mediación experta en la construcción de sociedad: las formas etopolíticas de gobierno. 5. Conclusiones: el entramado experto como dispositivo de mediación social. 6. Bibliografía.

1. Introducción

Históricamente el saber experto ha jugado un papel activo en la producción de representaciones colectivas del sentido, aquellas que hacen alusión al universo de las identidades, de la vida en común, en definitiva, a la construcción de comunidad y sociedad. Sin embargo, su implicación en estos procesos no siempre ha sido la misma, habiendo grandes diferencias en el modo en el que ha actuado históricamente, lo que incluye las fórmulas sociales y racionalidades políticas que ha promovido y su capacidad para influenciar la realidad.

Con el declive y crisis de las instituciones modernas, en unas sociedades donde cada vez parece más difícil consignar espacios de sentido², ¿cuál es el papel del saber experto en la construcción de sentimientos de pertenencia colectivos en la contemporaneidad? ¿Cuál es su influencia en la realidad social de nuestros días? El objetivo de este artículo es, por lo tanto, dar cuenta de las figuras que producen, gestionan y aplican un saber experto influyendo en la construcción de sentido colectivo en las sociedades contemporáneas.

Así, en primer lugar, en el espectro que se dibuja entre los dos extremos de dos figuraciones ideales del saber, el intelectual totalizador y el experto especializado, llevo a cabo un recorrido histórico por los distintos agentes relacionados con el saber o el conocimiento que han participado de algún modo en la construcción de sentido para una sociedad, grupo o colectivo. Es un recorrido que comienza en los inicios de la modernidad ilustrada, con la figura del intelectual como la más relevante, y finaliza, aproximadamente, en el ecuador o último cuarto del siglo XX, con la figura del experto que actúa como intérprete de la realidad social.

En segundo lugar, abordaré, por un lado, la emergencia de una cultura experta, entendida como la institucionalización en las sociedades contemporáneas occidentales de las prácticas, conceptos y productos del saber experto, describiendo además sus consecuencias: incertidumbre, reflexividad y riesgo; por otro lado, apuntaré a la creciente influencia de una etopolítica como forma contemporánea de gobierno preocupado por la construcción explícita del sentido en sujetos y colectivos.

A modo de conclusión se explora y propone el concepto de *entramado experto* como parte de un dispositivo que en la contemporaneidad media en la producción de realidades sociales, incluyendo las cuestiones del sentido y la identidad.

² En las ciencias sociales y humanas este clima de crisis se refleja en formulaciones como la condición postmoderna (Lyotard, 2006), la modernidad líquida (Bauman, 2003), la era del vacío (Lipovetsky, 2006), el declive de la institución (Dubet, 2006), la sociedad del riesgo (Beck, 1998) o la crisis de sentido (Berger y Luckmann, 1997).

2. Algunas figuraciones del saber: del intelectual totalizador al experto especializado

En este punto presentaré algunas de las figuraciones en las que se encarna el saber, a lo largo de un recorrido que las relaciona de algún modo —en distintas épocas históricas— con la construcción de unidades de sentido individuales o colectivas: sociedades, naciones, pueblos, comunidades, poblaciones, colectivos, sujetos, ciudadanos o individuos, por citar algunas de las colectividades o subjetividades a las que históricamente han apuntado.

Las figuraciones del saber son esos agentes que se constituyen en sujetos que detentan un acervo de conocimientos y saberes tanto a nivel teórico como práctico, que en cualquier época o sociedad les distingue de aquellos que carecen de ese haber. La distancia entre estos sujetos puede ser esencial (letrados e iletrados, cultos e incultos, quienes saben y quienes no), gradual (entre quienes ya lo ostentan y quienes están en proceso de hacerlo: maestro y alumno, iniciado y novel, *senior* y *junior*) o modal (esto se da sobre todo en formas especializadas del conocimiento, que se expresa en las distintas adscripciones que cada figura profesa en función de disciplinas, ciencias y saberes expertos). Ejemplos de estas figuraciones, aunque no serán todas exploradas en este apartado, las encontramos —solapadas en muchos casos— en multitud de épocas y formaciones sociales: chamanes, sabios, sacerdotes, intelectuales, expertos, científicos, técnicos, especialistas, analistas, consultores, ingenieros.

El recorrido por estas figuraciones del saber está acotado temporal, espacial y culturalmente: como punto de partida tomo como referencia la Europa de la Ilustración —principios del siglo XVIII y el Despotismo Ilustrado— y como punto de llegada el mundo occidental en la actualidad (aunque algunos de estos agentes del saber propios de nuestra época puedan tener su origen en Occidente, poseen —cada vez más— dimensión global). Condensaré en dos figuras ideales todas las posibles figuraciones que pueden ser identificadas en ese periodo de tiempo y esos espacios socioculturales. Son los extremos de las posibles encarnaciones subjetivas del saber y su práctica: el *intelectual totalizador* y el *experto especializado*.

El primero, el *intelectual totalizador*, comprende desde los filósofos e ideólogos de la Ilustración francesa e inglesa, hasta un conjunto más o menos dispar, ya bajo la categoría de intelectuales (que como tal surge a finales del XIX y que puede extenderse hasta la mitad del siglo XX, en el que se puede incluir a escritores, artistas, pensadores) o políticos a los que apenas les une “un parecido de familia” (Lamo de Espinosa, 1996: 188).

La adjetivación del intelectual como totalizador viene de su relación con el conocimiento que produce y la práctica que ejecuta. Es un condensador del saber erudito de su época (De Marinis, 2009: 57). El intelectual puede ser definido, siguiendo a Emilio Lamo de Espinosa, como “un totalizador social, un pensador cuya tarea es la de transformar experiencias singulares en visiones de conjunto para exponer esas visiones totalizadoras en un mercado de ideas frente al poder” (1996: 199). Partiendo de estas definiciones se observa que el intelectual es un personaje capaz de elaborar ideas o imágenes del conjunto de la realidad social de forma autónoma y más o menos aislada, orientadas a un público, postulándose además como un agente que ha de diferenciarse de las esferas del poder político.

Aunque es cierto que la independencia del intelectual es parte fundamental de su definición, actuando como una fuerza autónoma distinta a otras ejercidas por figuras como las de los políticos o estadistas, no deja de ser un agente fundamental en el establecimiento de relaciones de poder a través de las cuales se está contribuyendo a la constitución de la realidad de sujetos y poblaciones. Esto parece ser evidente en el intelectual de finales del XIX, el que Pablo de Marín denomina *intelectual fundacional*, implicado en la promoción del Estado-Nación, poniéndose “al servicio de la construcción y la consolidación de la unidad política básica de la modernidad” (2009: 61). En su papel totalizador, los intelectuales se intentaban erigir en voz de toda la sociedad jugando un papel importante en la formación de “mitos de origen, historias nacionales y relatos identitarios fundamentales” (De Marín, 2009: 61). Son figuras del saber que, desde sus relatos totales, contribuyen a la construcción de imágenes de individuos y colectivos, de comunidades y sociedades.

La segunda categoría ideal con la que es resumida esta versión polarizada del espectro de potenciales agentes del saber es la del *experto especializado*, agente que —en sus varias caracterizaciones— juega un papel capital dentro del constructo teórico del *entramado experto*. Aunque el término *experto* ya se utilizara a mediados del siglo XIX de acuerdo a Haskell (1984: xii), estaríamos ante una figura netamente contemporánea, ya que su uso para denominar figuras del saber no se generalizaría hasta después de la Segunda Guerra Mundial por el influjo de las ciencias sociales norteamericanas (Neiburg y Plotkin, 2004: 15). Como experto especializado cabe considerar figuras que están vigentes —con más o menos protagonismo— aunque su existencia se remonte a otras coordenadas temporales, como los científicos, los técnicos institucionales —antes funcionarios, ahora no necesariamente— y los profesionales especializados —médicos, psicólogos, psiquiatras, abogados, etc.—, o directamente que han emergido en las últimas décadas, como consultores, gestores o analistas.

Ahondando en las posibles caracterizaciones de la propia figuración del experto, resulta de interés acudir a la clasificación de personificaciones que propone De Marín. Dejando aparte al *intelectual fundacional* que él mismo considera inapropiado para formar parte de una tipología de expertos, identifica tres figuras con presencia en las sociedades actuales: el *científico puro*, el *ingeniero social* y el *analista simbólico* (2009: 54).

El primero, el científico puro, puede definirse como un “individuo que practica actividades reconocidas como ‘científicas’ y que tiene su sede en universidades y otros centros de investigación” (De Marín, 2009: 54). Adaptando su trabajo a cualquier tipo de racionalidad política, se inserta habitualmente en universidades y centros de investigación (departamentos, cátedras, facultades) y en redes nacionales o internacionales de producción y difusión del conocimiento. Generalmente alejado de la arena política, su relación con ella se presenta como aporoblemática. Si aparece como sujeto político lo hará, en todo caso, bajo la condición de ciudadano comprometido, nunca como *buscador de la verdad* o productor de conocimiento. Considera el conocimiento como valioso por sí mismo aunque también le reconozca una finalidad práctica ulterior, partiendo siempre de la asunción de su provisionalidad. Su formación es académica y está sujeto a una fuerte adscripción disciplinaria. De ahí que el científico obtenga su reconocimiento

—de carácter interno— a través de las credenciales que le suministra el propio sistema académico.

Ejemplo de esta visión que sumerge al científico en una vorágine de acreditaciones, pautas y protocolos, que es lo que lo convierte en experto de facto, es posible encontrarla en el *ciclo de credibilidad* propuesto por Latour y Woolgar (1995: 209-259), donde los científicos son definidos como “inversores en credibilidad” (Latour y Woolgar, 1995: 222). Entendiendo la noción de crédito como recompensa y también como credibilidad, consideran que la capacidad de hacer ciencia se encuentra en esta acumulación de crédito, ya que el experto acumularía credibilidad basada en una economía de acreditaciones (licenciaturas, doctorados, premios), créditos o reconocimientos académicos (artículos, investigaciones, patentes, contribuciones a congresos) o recursos (subvenciones, equipos de investigación), que permitiría al científico moverse adecuadamente entre los diversos aspectos de las relaciones sociales de la ciencia, ya fueran éstos epistemológicos, económicos o educacionales (Latour y Woolgar: 222-223). El círculo de la credibilidad funciona permitiendo la conversión (que variará en tamaño y velocidad dependiendo de la cantidad de credibilidad acumulada) mutua entre “dinero, datos, crédito, credenciales, áreas de problemas, afirmaciones, artículos, etc.” (Latour y Woolgar: 225). Se puede decir que un experto lo es en parte en la medida que se sustenta en ese círculo técnico de procesos, protocolos, códigos y prácticas establecidas, y en el que debe saber moverse adecuadamente.

El segundo, el ingeniero social, es una “figura que fue característica del Estado de Bienestar de impronta keynesiana y que sigue teniendo actualmente —aunque ciertamente devaluada— alguna vigencia” (De Marinis, 2009: 54). Obviamente, se mueve dentro de las racionalidades políticas propias del Estado de Bienestar, aunque sigue teniendo una función de técnico en las racionalidades contemporáneas (en las que predominan las formas neoliberales). En cualquier caso, su cometido está relacionado con la promoción de la ciudadanía social. Actualmente son los principales sostenedores de lo social tal y como lo entiende Donzelot (2007), y en su momento comparecieron como los agentes que siguieron la labor que iniciaron los intelectuales en la constitución de la sociedad (Bauman, 1989) y la regulación biopolítica de las poblaciones (Foucault, 2003b).

Principalmente su labor es ejecutiva, no toman las decisiones sobre lo que hay que hacer, sino que ponen a disposición su saber técnico para ejecutar esas medidas políticas del mejor modo. Su relación con el conocimiento se caracteriza por su sobriedad, siempre riguroso con el expediente: no comparten ni el escepticismo científico ni el optimismo intelectual. De igual modo, aunque dispongan de un título universitario, su tarea técnica no requiere de su inscripción en un régimen disciplinar estricto como sí les ocurriría a los científicos. Son reconocidos, también de forma interna como los científicos, a través del ascenso en la pirámide jerárquica y por medio de las remuneraciones.

El tercero, el analista simbólico³, es un agente experto que “ha comenzado en los últimos tiempos a desempeñar un rol estratégico en la planificación,

³ El concepto de analista simbólico fue acuñado por Robert Reich en la obra *El trabajo de las naciones* (1993). Para Reich el analista simbólico empieza a despuntar en los 70 y define sus actividades analítico-simbólicas como “el conjunto de tareas relacionadas con la identificación, solución y arbitraje de problemas mediante la manipulación de símbolos de diverso tipo (datos, palabras, representaciones orales y visuales)” (De Marinis, 2009: 59).

organización y gestión de los asuntos de gobierno, entrando en conflictivas vinculaciones y a la vez parcialmente desplazando en su importancia a los otros exponentes del saber experto” (De Marinis, 2009: 54). Es un agente que se mueve entre los resortes que componen las racionalidades políticas neoliberales y están estrechamente relacionados con lo que De Marinis denomina el proceso de “devaluación-desconversión-desmontaje” (2009: 55) de lo social. Sus ámbitos de inserción son muy variados: tanto en aparatos estatales o paraestatales, como en académicos o similares (*think tanks* por ejemplo); también en organismos internacionales, en empresas privadas, ONG, medios de comunicación y un largo etcétera.

Los analistas simbólicos no se ocupan de la invención de lo social (tarea que fue de los intelectuales fundacionales), ni de su promoción y sostenimiento (tarea de los ingenieros sociales) sino más bien de su “reconfiguración-desmontaje-disolución, o, dicho más crudamente, con la gestión de su agonía” (De Marinis, 2009: 63). Esta es la razón por la que tienden a verse como “nodos de una red” (De Marinis, 2009: 64), distribuidos y articulados en complejos entramados. Al ser figuras propias de una gubernamentalidad que ya no descansa mayoritariamente en el Estado, habiéndose producido una “pluralización de los modos de gobierno” (De Marinis, 2009: 67), es difícil saber cuándo el analista simbólico trabaja de modo independiente o de manera más involucrada en el diseño, implementación o evaluación de políticas públicas.

Los analistas simbólicos pueden estar, por lo tanto, involucrados tanto en el diseño y establecimiento de metas, esto es, en la construcción de problemas que afrontar, como en la generación (y venta) de soluciones a esos mismos problemas (De Marinis, 2009: 68). El conocimiento que producen tiene un valor práctico, es un *saber hacer*, una destreza, un *conocimiento para*. Generalmente no producen conocimiento nuevo (tarea al principio de intelectuales y ahora especialmente de científicos), sino que aplican o combinan el ya existente de un modo siempre práctico. Son titulados universitarios y poseen grados de los más diversos, aunque en los últimos años empiezan a despuntar un tipo de estudios superiores de nuevo cuño menos disciplinarios y academicistas, y más orientados a *cuestiones problemáticas*, de corte profesional (como relaciones internacionales, relaciones laborales, relaciones públicas, seguridad pública, analistas de gestión y organización de instituciones, gestión del patrimonio cultural, etc.). Incluso en las disciplinas más asentadas se están introduciendo en sus líneas curriculares elementos que los acercan a estas cuestiones relacionadas con los analistas simbólicos. Se constata la existencia de una enorme diversificación de los “controles de calidad” (De Marinis, 2009: 76) de sus saberes, lo que multiplica las potenciales fuentes de reconocimientos y evaluación de su trabajo, tanto internas como externas.

Por su parte, Bauman (1989) establece una distinción que bien podría equipararse a la realizada aquí entre el intelectual totalizador y el experto especializado que él materializa en el par que discrimina entre las metáforas de los roles del *legislador* y del *intérprete*.

El primero, el legislador, es propio de las sociedades modernas que se van constituyendo desde el siglo XVIII —incluso en parte de los siglos XVI y XVII se observan protoformas de este tipo— hasta bien entrado el XX (Bauman, 1989:

110). Hace afirmaciones autorizadas que se convierten en correctas y vinculantes, ya que el conocimiento que produce es de carácter universal y no está localizado, sino que tanto él como su conocimiento son extraterritoriales. Esto sitúa a estos legisladores en una posición que les otorga el “derecho y el deber de validar (o invalidar) creencias que pueden estar asentadas en varios sectores de la sociedad” (Bauman, 1989: 5). Son, por lo tanto, figuras que *legislan* sobre la sociedad y sus sujetos.

El segundo, el intérprete, es un tipo asociado a las sociedades postmodernas que van emergiendo en la segunda mitad del siglo XX. Traduce afirmaciones sobre el mundo que se han generado en una determinada tradición comunitaria, para que puedan ser entendidas en otros sistemas de conocimiento que se basan en tradiciones comunitarias distintas. De este modo, en lugar de “estar orientada a la selección del mejor orden social, esta estrategia tiene como objetivo facilitar la comunicación entre participantes autónomos y soberanos” (Bauman, 1989: 5). La ambición universal o legisladora quedaría, en todo caso, confinada a su propia tradición: dentro de su comunidad sí podrían realizar afirmaciones que tuvieran como objetivo poseer un carácter vinculante.

Entre estos dos polos, definidos y condensados en dos figuraciones ideales del saber, el intelectual totalizador como legislador y el experto especializado como intérprete, transcurre el recorrido cuyo objetivo final es llegar a una definición de *entramado experto*. Por lo tanto, no sólo serán importantes estas figuraciones ideales o personificaciones específicas, sino que además será necesario reseñar el modo en el que se articulan con otros elementos, humanos y no humanos, y las vías que desarrollan para influir sobre la realidad de grupos y personas.

3. La emergencia de una cultura experta y sus consecuencias: reflexividad, riesgo e incertidumbre

Como se ha podido mostrar en el apartado anterior, los saberes expertos han sido siempre fundamentales en la constitución de realidades sociales. En las últimas décadas, esta importancia no sólo no ha mermado sino que, con el tiempo, se ha incrementado de manera exponencial ayudando a crear y promover una cultura experta.

El asentamiento y la consolidación de esta cultura experta son entendidos como la institucionalización en las sociedades contemporáneas —al menos en Occidente, pero probablemente de forma creciente en otras partes del globo— de las prácticas, formas de hacer, conceptos y productos del saber experto. Esto es explorado a continuación, haciendo hincapié en los numerosos teóricos sociales que han visto en este tipo de saber los elementos que definen de forma central la realidad social actual: sociedades post-industriales, del conocimiento, de la ciencia o del riesgo.

Alain Touraine en 1969 y después Daniel Bell en 1973 teorizaron sobre la *sociedad post-industrial*. El primero, plantea una sociedad en la que la nueva clase dominante es definida por sus conocimientos y nivel de educación (Touraine, 1971: 55). El *status* en este tipo de sociedad postindustrial ya no se define tanto en función de la riqueza o la propiedad, sino por el manejo de conocimientos e informaciones (Touraine, 1971: 65). Son sociedades, ya en plena

desconversión de lo social, que comienzan a estar repletas de agentes del saber experto —tecnócratas, profesionales y expertos— y por el producto de su agencia, el conocimiento, elementos que juegan un papel cada vez más relevante en la estructuración de esas realidades sociales.

Por su parte, Bell (1986: 30) considera que en la sociedad postindustrial la fuerza de trabajo se orienta sobre todo a la oferta de servicios, en concreto, un tipo de servicios que “representa una nueva *intelligentsia*” (Bell, 1986: 33) relacionada con los ámbitos de la sanidad, la educación, investigación o el gobierno, y que atraviesa espacios como los de las universidades o las organizaciones de investigación. De acuerdo con una economía que se transforma principalmente en productora de servicios, la distribución ocupacional gira hacia los llamados trabajadores de *cuello blanco*, lo que alude a la preeminencia de las clases profesionales y técnicas en la sociedad postindustrial (Bell, 1986: 34).

Además, Bell reconoció el conocimiento teórico, de carácter científico-experto, como la clave de bóveda de ese tipo de sociedad, siendo el recurso principal para el control social (desde la política) y para las innovaciones (especialmente para dominar las tecnologías). Para Bell resultaba evidente por qué se podía equiparar a esta sociedad postindustrial que describía con una *sociedad del conocimiento*: primero, la innovación deriva principalmente de la investigación científica; segundo, la carga de la sociedad descansa cada vez más en el campo del conocimiento (Bell, 1986: 249).

La sociedad del conocimiento es un concepto que otros sociólogos han utilizado para referirse a la realidad social contemporánea como espacio en el que el conocimiento y sus agentes —expertos, científicos y técnicos— toman un papel cada vez más importante en las mediaciones que la alumbran. Ésa es la apuesta, por ejemplo, de Karin Knorr-Cetina, quien considera que “las sociedades occidentales contemporáneas se están convirtiendo (o ya lo han hecho) en sociedades del conocimiento” (1999: 1), que descansan en procesos y sistemas expertos y de un modo u otro están “gobernadas por el conocimiento y el saber expertos” (Knorr-Cetina, 1999: 5).

Knorr-Cetina puntualiza que lo importante es observar la estrecha relación que se establece entre el conocimiento experto y diversos aspectos de la vida social, pues para esta autora la sociedad del conocimiento “no es simplemente una sociedad con más expertos, más ingenios tecnológicos o más interpretaciones especializadas” (1999: 7), sino que nos encontraríamos en una sociedad permeada por *culturas del conocimiento*, que constituyen la totalidad de estructuras y mecanismos que sirven al conocimiento y que se desarrollan con su articulación.

Esta relación entre la sociedad actual y la emergencia de una cultura experta —que incluye cada vez más agentes, mecanismos, estructuras, instituciones, prácticas y espacios relacionados con el saber experto—, también es posible encontrarla en el sociólogo alemán Nico Stehr, que utiliza igualmente la etiqueta *sociedad del conocimiento* para referirse al tipo de sociedades que surgen en Occidente en las últimas décadas. Entiende que “el mecanismo constitutivo o la identidad de la sociedad moderna está siendo paulatinamente dirigida por el conocimiento” (Stehr, 1994: 6), un conocimiento marcado por la creciente relevancia social de la ciencia y la tendencia a basar su autoridad en el saber experto (Stehr, 1994: 9-11).

Siguiendo esta misma línea de pensamiento relacionada con la sociedad del conocimiento, Emilio Lamo de Espinosa introduce su noción de *sociedades de ciencia* que, correspondiendo con las sociedades contemporáneas, serían el resultado de una revolución científico-técnica que en las últimas décadas ha venido maximizando definitivamente las primeras manifestaciones científicas del siglo XVII: es la ciencia aplicada a la ciencia que da lugar a una “industria de los conocimientos” (1996: 126).

Siguiendo un argumento similar, Anthony Giddens plantea que en las sociedades de la modernidad avanzada se multiplican los procesos y situaciones en los que se produce el *desanclaje*, entendido como el “despegar las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción y reestructurarlas en indefinidos intervalos espacio-temporales” (Giddens, 1993: 32), siendo los *sistemas expertos* uno de los principales modos por los que se materializa. Definidos como los “sistemas de logros técnicos o de experiencia profesional que organizan grandes áreas del entorno material y social en el que vivimos” (Giddens, 1993: 37), los sistemas expertos emergen como una de esas entidades supraindividuales que median en la propia cotidianidad de la vida social, sobre “muchos aspectos de lo que hacemos de forma regular” (Giddens, 1993: 37).

El asentamiento de la cultura experta conlleva tanto un crecimiento en el número de sujetos que se emplean y pueden considerarse agentes del saber experto, como una aceptación generalizada de su práctica. Debido a la propia naturaleza del saber experto, que es especializada, los sujetos, siendo expertos en algún área del conocimiento o actividad práctica muy específica, no suelen dominar otros saberes expertos —el intelectual no es una figura contemporánea del saber, aunque aún subsista—. Eso permite que el influjo del experto y de los sistemas supraindividuales expertos sobre el mundo de la vida del individuo y las sociedades, sean reproducidos con una capacidad ilimitada para seguir creciendo (Bauman, 2005: 281).

Durante la segunda mitad del siglo XX se produce la definitiva institucionalización de la ciencia, que se hace patente en los dos puntos que destaca: por un lado, progresión exponencial de los conocimientos (junto con su creciente obsolescencia); por otro lado, mayor celeridad de los efectos del hacer científico, técnico y experto en la sociedad (Lamo de Espinosa, 1999: 152). La sociedad contemporánea se constituye en un lugar de *acción mediada* por la cultura experta, ya que hoy día existen pocas tareas cotidianas que puedan “completarse sin la ayuda de conocimientos supraindividuales” (Bauman, 2005: 279) de carácter especializado como el de los expertos —seamos conscientes o no de su presencia más o menos institucionalizada—.

Existiría cierta literatura que podría relacionar las transformaciones socio-materiales que aquí he vinculado a la emergencia de una sociedad del conocimiento con la aparición de una expertocracia, tecnocracia o, en definitiva, con la imagen de una sociedad dirigida científicamente. Todas estas consideraciones, proceden, sin duda, de ese axioma moderno-ilustrado que tan bien sintetizó Mijail Bakunin en sus escritos de filosofía política:

Este es el único significado racional de la palabra libertad: el gobierno de las cosas externas, basado sobre una respetuosa obediencia a las leyes naturales. Es la

independencia ante las pretensiones y los actos despóticos de los hombres: es la ciencia (Bakunin, 1990: 98).

Así, la expertocracia, la tecnocracia, o la sociedad dirigida científicamente, no serían más que fantasías del pensamiento ilustrado: el sujeto de la historia pasaría a ser la ciencia misma, la racionalidad científica o la propia tecnología (Stehr, 1994: 221). Se impondría, entonces, la fórmula del *the one best way* (Kanigel, 2005), la única manera de hacer las cosas. Muy vinculado a la idea del triunfo moderno, se encuentra lo que Lamo de Espinosa entiende por sociedad del conocimiento: la realización del “sueño de Bacon, Saint-Simon o Comte: una sociedad de científicos-empresarios” (2002: 11).

De igual modo, recorriendo los ejercicios de futurismo sociológico de Herbert Marcuse y Helmut Schelsky (Stehr, 1994: 203-221), acerca de un hipotético emergente estado tecnocrático o civilización científica, es posible observar en ambos (de tendencias ideológicas muy diferentes) el aplastamiento del individuo por una descorazonada racionalidad científica o tecnológica que progresivamente va dominado, no sólo el ámbito de la naturaleza al que tradicionalmente se le había confinado, sino también todas las esferas de la realidad social. La sombra de la jaula de hierro weberiana y el Holocausto habían hecho mella en los teóricos de la postguerra mundial. Anunciaban, así, el fin de la libertad individual del sujeto.

Latour explica el porqué de la esperanza o el temor depositados en la racionalidad científica como principio fundamental de la orientación social por parte del pensamiento moderno: el miedo al imperio de las masas, al gobierno de la fuerza en lugar de la razón (Latour, 2001: 23). La manera de disipar ese miedo fue la de asumir la máxima de que “sólo la inhumanidad anulará la inhumanidad” (Latour, 2001: 25), y así se creó una realidad objetiva ahí fuera, no tocada por las manos humanas. Seguramente, tanto los miedos como los anhelos forman parte de un mismo prisma iluminista: formas modernas de entender la ciencia, la tecnología, y las relaciones de dominación, dan lugar a versiones modernas de lo social contemporáneo.

El ideal moderno del sujeto histórico (es posible hacer la historia, encaminarla a un fin), la ciencia y la tecnología como epítomes de ese sujeto histórico descarnado, que sigue su propia lógica intrínseca, más la polarización de la sociedad entre dominantes y dominados, dan lugar a una sociedad del conocimiento que se parece a una expertocracia. Sin embargo, si aceptamos que ya no hay sujetos ahistóricos, sino cantidades ingentes de actantes que se encuentran necesariamente a la misma altura de los relatos semiótico-materiales donde tienen lugar articulaciones de carácter local, contingente (Muriel, 2016), y que las relaciones sociales de dominación no revisten la forma maniqueísta de la modernidad, sino que se encuentran ubicadas en configuraciones difusas de poder, es más fácil concluir el por qué la expertocracia no sería posible en principio dentro de una hipotética sociedad del conocimiento.

Por lo tanto, la emergencia de una cultura experta no significa que nos encontremos ante una sociedad dirigida científicamente o reflejo de una *tecnocracia* o *expertocracia*, ya que la sociedad del conocimiento se caracteriza específicamente por su “indeterminación” (Stehr, 1994: 16). No hay bajo la idea de la sociedad del conocimiento ningún tipo de sociedad diseñada o planificada científicamente. Precisamente, el cada vez mayor número de agentes expertos que

podrían influir en su construcción, hace más compleja su realidad, ya que es problematizada de las más diversas formas.

La constante reproducción de sistemas expertos que nacen de una intensa especialización provocan que su mediación sea necesaria en muchos aspectos de la vida social. Los expertos hacen del mundo algo ambivalente, incierto e inestable, ya que “nadie es un experto en la *totalidad* de las funciones del mundo de la vida” (Bauman, 2005: 282). Bauman expresa de este modo la saturación de la realidad por el saber y la práctica expertos:

“El mundo de la vida está saturado de sistemas expertos —estructurado, articulado, vigilado y reproducido. Ahora la técnica producida y administrada por expertos constituye el contexto verdadero de la vida del individuo. En este entorno surge la mayoría de la ambivalencia e inseguridad; y entonces la mayoría de peligros percibidos” (2005: 284).

En la medida en que se va asentando una cultura experta, tiene como efecto una creciente reflexividad social, por la que las propias prácticas sociales “son examinadas constantemente y reformadas a la luz de nueva información sobre esas mismas prácticas” (Giddens, 1993: 46). El conocimiento producido por expertos y las prácticas que llevan a cabo no sólo contribuyen a definir la realidad social de grupos e individuos, sino que también la transforman de muy diversas formas, en muchas ocasiones de modos impredecibles, lo que refuerza la idea de indeterminación y aleja visiones tecnocráticas o de sociedades diseñadas al milímetro por expertos. El conocimiento no equivale, en ningún caso, a certeza (Giddens, 1993: 47).

Una sociedad que, cada vez más, cultiva la lógica y el quehacer expertos, hace de ella una *sociedad del riesgo* (Beck, 1998). La omnipresencia del conocimiento científico-técnico y la gran dependencia que posee respecto al experto en este tipo de sociedad, se expresa en los siguientes términos: “la ciencia se ha convertido en (con)causa, instrumento de definición y fuente de resolución de riesgos” (Beck, 1998: 203).

La presencia de una creciente cultura experta en la contemporaneidad es un tema recurrente, teorizado y documentado por numerosos estudiosos de las ciencias sociales. Se presenta —si no de forma monolítica sí al menos hegemónica o predominante— como una de las fuentes de construcción de representaciones de la realidad en general, y de la social en particular. Al mismo tiempo se constituye en una de las principales fuentes de incertidumbre y cambio social, en tanto que problematiza y media de forma constante su realidad. En cualquier caso, esta cultura experta es el caldo de cultivo para la multiplicación de la mediación experta en la formación de realidades sociales: nos dirigimos hacia la etopolítica.

4. La mediación experta en la construcción de sociedad: las formas etopolíticas de gobierno

Con el liberalismo avanzado crece la sofisticación de las tecnologías de ordenamiento, y el gobierno de uno mismo y de otros deja de ser una cuestión de control centralizado, visible, experimentable a través del sometimiento a una posible vigilancia exterior o a unos intensos procesos de socialización y cuidado.

Para las racionalidades políticas neoliberales, la clave reside en gobernar a través de la autonomía individual, sin que ello implique ninguna contradicción. Es la lógica de la disciplina panóptica y la biopolítica moderna llevada al paroxismo, que acaba por superarlas: “los individuos pueden ser gobernados a través de su libertad para elegir” (Rose y Miller, 2008: 82). Libertad y control, autonomía individual y gobierno, son pares que no se encuentran reñidos, forman parte indisociable de una nueva fórmula en el manejo y definición de realidades poblacionales.

La forma más efectiva y depurada de gobierno es aquella que rehúsa cualquier atisbo de violencia o dominación aparentes, a pesar de que se siga *haciendo la guerra*. Hago referencia aquí a la inversión que realiza Foucault sobre el aforismo de Clausewitz: “Y en este momento invertiríamos la proposición de Clausewitz y diríamos que la política es la continuación de la guerra por otros medios” (Foucault, 2003a: 24). Esto quiere decir que el poder político no detiene la batalla, sino que más bien la hace sostenible, perdurable. Nos encontraríamos en una lucha constante que, en todo caso, nos llevaría de “dominación en dominación” (Foucault, 2004: 40). Este planteamiento coincide con Bauman, quien considera que en la contemporaneidad el Estado ha encontrado formas más eficientes de reproducir y reforzar su poder que no pasan necesariamente por los mecanismos de autoridad (1989: 122). Nos encaminamos, pues, hacia un modelo postpanóptico.

El panóptico, gracias a su éxito, habría quedado completamente descentrado, como si hubiera explotado en un sinnúmero de pequeños pedazos cada cual con sus capacidades de vigilancia intactas. Ahora, todos, humanos y no-humanos en sus infinitas combinaciones, pueden observarse entre sí, controlarse mutuamente sin que así lo parezca. Ya no es necesario el encierro en un espacio delimitado para la labor de vigilancia, y sin embargo, ésta, se vuelve exhaustiva hasta el detalle, se torna en perfecta trazabilidad. Ahora estaríamos más sujetos a la mirada que nunca, pero ahora más que nunca no estamos sujetos a ninguna mirada concreta: es el ojo múltiple, que por puro diluido parece que no existe, pero nos vigila constantemente. Cámaras de videovigilancia, *smartphones*, tablets, sistemas gps, bases de datos informatizadas, escuchas masivas, aplicaciones de comunicación online, páginas web y aplicaciones de citas, redes sociales, *big data*, tarjetas de fidelización, etc. No son sólo grandes corporaciones o gobiernos los que observan y monitorizan nuestras pautas de consumo, trabajo, ocio, e incluso nuestras preferencias culturales, políticas y sexuales, sino que es la propia población la que participa activamente de este proceso de vigilancia mutua. Bauman, haciéndose eco de las reflexiones lanzadas por Jacques Attali, plantea que la *sociedad vigilante* ha sido sustituida por la *sociedad autovigilada* (1989: 168). En definitiva, se trata de una época marcada por el “control abierto y continuo” (Deleuze, 1990: 160) y la *ético-política* o *etopolítica*⁴ (Rose, 1999: 188).

Si la etopolítica se puede consignar como el conjunto de procesos y técnicas por las que se intenta “dar forma a la conducta de los seres humanos por medio de la actuación sobre sus sentimientos, creencias y valores” (Rose, 2007: 27), nos encontraríamos en una fase en la que, en asuntos de gobierno, se apunta explícitamente a cuestiones de índole ética, cultural y de construcción de sentido

⁴ Tanto las voces *ética* como *etos* (la RAE incluirá esta palabra en su próxima edición, ver http://buscon.rae.es/draef/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=etos), proceden de la palabra griega *ethos*, que viene a significar aquello que caracteriza a un pueblo, una comunidad, una sociedad, una nación o un colectivo, aquello que guía sus creencias y su comportamiento.

(que ya no son resultado de otro tipo de objetivos: disciplinarios —control de las pasiones— o biopolíticos —maximización de las fuerzas sociales—).

La disciplina, la biopolítica, la gubernamentalidad, las tecnologías de gobierno o del yo se han encargado de los sujetos, de las poblaciones, haciéndolos controlables, fomentando cada vez más su autorregulación (quizás buscando reproducir a gran escala lo que había funcionado durante siglos en las pequeñas comunidades), pero no se ha preocupado por construir explícitamente una idea del nosotros, por el sentido, por el cómo pensarnos en común. Son procesos que no buscaron de forma específica constituir una idea del nosotros.

Después de todo, el objetivo de la biopolítica siempre fue producir ciudadanos, sujetos y poblaciones gobernables, mantener unos límites de gobierno, aquellos sobre los que aplicar el “monopolio de la violencia física legítima” (Weber, 1975: 83). Como hipótesis, se puede plantear que la disciplina y la biopolítica nunca han necesitado generar sentido —aunque lo hayan hecho de forma efectiva—, pues su ocupación ha sido la de administrar poblaciones, constituir una economía de los cuerpos, maximizar las fuerzas sociales: orden, higiene, seguridad, longevidad, sanidad, educación. La construcción de identidades se volvió extraña para el proyecto ilustrado, pues lo social podía ser convertido en ley, y no había lugar para su negociación. El sentimiento de pertenencia era, entonces, el efecto de la consolidación de un orden, del control de las pasiones, de la definición de lo indeterminado; la adhesión a una identidad, por lo tanto, su producto, su corolario, su emergencia, nunca su condición u objetivo. No sin razón Foucault advertía sobre lo erróneo de vincular siempre el poder a ideas de prohibición y censura, ya que de él siempre emanaba una cierta productividad, el poder “produce realidad (...) ámbitos de objetos, y rituales de verdad” (Foucault, 2002: 198).

Y puede ser un buen momento —dentro del campo de la etopolítica— para retomar la idea de que, en el ámbito de la gubernamentalidad, comienza a surgir una orientación que apunta explícitamente a la construcción de sentido, se toma las identidades, las creencias, los sentimientos, los afectos y los valores *per se*, como parte de esos “espacios gobernables” (Rose, 1999: 31) sobre los que actuar. Este movimiento puede ser explicado parcialmente por la creciente autonomía que se manifiesta en las racionalidades políticas neoliberales, cada vez más preocupadas por aplicar la máxima del gobernar lo menos posible con la intención de ser más efectiva. Ya no es necesario un centro de poder visible que recuerde la posibilidad de ser controlado, o un Estado que provea la satisfacción de determinadas necesidades: el mejor gobierno es el que se actúa a través de la libertad individual, donde los gobernados participan activamente en su propia administración. No hace falta impelerles a que lo hagan, ellos mismos ya comienzan a preocuparse por dotarse de seguridad, educación, higiene o salud a través de la contratación de servicios privados o semiprivados en el mercado que cubren estas necesidades. Como bien señalaba Foucault, no existe poder sin posibilidad de resistencia pues “si existen relaciones de poder a través de todo el campo social es porque existen posibilidades de libertad en todas partes” (1996: 111). La verdadera relación de poder, la única posible a la postre, emerge cuando un actor, teniendo la libertad para hacer muchas otras cosas, termina haciendo aquello que el otro o los otros actores buscaban que hiciera. No existe el poder, la búsqueda de influir en la conducta de otros, en una situación en la que no hay opciones.

Es en este ámbito de libertad, que como cualquier otra realidad es efecto de una relación de fuerzas disímiles, donde los sujetos autogobernados también pueden acudir o ser dirigidos a lugares donde es posible construir identidades de forma más maleable, acercarse a posos de sentido que les permitan elaborar ciertos sentimientos de pertenencia. En este sentido, la gubernamentalidad es cada vez menos un arte de gobernar tal y como lo entendía Foucault. La hibridación es mayor, por lo que si la cuestión de gobierno ya se encontraba altamente distribuida, y no se trataba de un Estado o una empresa que determinaba a su antojo los designios de poblaciones, ciudadanos o trabajadores, ahora está aún menos localizada que nunca. Por ello, parece plausible que para no perderse en este océano de posibilidades y agencias, resultan más necesarios que nunca los expertos como intérpretes. Aunque ellos también están en el origen de esta heterogeneidad ontológica, pues como buenos intérpretes multiplican las mediaciones existentes (Muriel, 2016: 117-119) y, por lo tanto, son operadas un mayor número de transformaciones.

Un ejemplo aplicado de esta etopolítica puede encontrarse en ese disgregado conjunto de políticas sobre la identidad que, en la contemporaneidad, toman las más diversas formas, entre ellas, la construcción del patrimonio cultural, un objeto sobre el que he investigado anteriormente y he escrito en otros lugares (Muriel, 2015; Muriel, 2014; Muriel, 2010). El patrimonio comparece entonces como “la articulación explícita de lo que es nuestro, lo que nos pertenece como individuo, ciudadano, comunidad, grupo, pueblo, nación o colectividad” (Muriel, 2015: 264). Y en esta articulación juega un papel fundamental la mediación experta, cuyas operaciones ayudan a establecer una relación “entre un sujeto que posee —el grupo, la comunidad, el pueblo, la nación, la sociedad, el individuo, el ciudadano— y un objeto poseído —el patrimonio cultural— que define un ámbito de lo propio, de lo que nos pertenece y nos define” (Muriel, 2015: 268). El saber experto, inserto en una lógica etopolítica, ayuda a construir sentido en las sociedades contemporáneas.

Lo importante es que la identidad, el sentimiento de pertenencia, el pensarse juntos de alguna manera o la idea del nosotros, en definitiva, la cuestión del sentido, no es ningún *a priori*; se produce en la circulación y asociación de multitud de actores, prácticas, discursos, planes, tecnologías, dispositivos, agencias.

5. Conclusiones: el entramado experto como dispositivo de mediación social

Asociada al asentamiento de una cultura experta, me gustaría cerrar este texto con la explosión de agentes y procesos relacionados con el saber experto, que son los elementos o ingredientes que se articulan de forma específica para formar entramados expertos que median en situaciones determinadas. Es la consumación de una gran progresión del saber experto especializado que explica, por ejemplo, que en “el diseño y ejecución de un experimento puede implicar a cientos, si no a miles, de científicos y técnicos” (Lamo de Espinosa, 1996: 127). Se tiende entonces hacia un tipo de colaboración en la que participan y colaboran, de forma directa e indirecta, múltiples investigadores, instituciones, centros de investigación,

saberes, tecnologías, instrumentos y metodologías que se despliegan en la “actual organización postromántica y comunitaria de colaboraciones masivas” (Knorr-Cetina, 1999: 25) a nivel experto.

Todo esto apunta a que la imagen del experto aislado no resulta fecunda, lo que resta centralidad a figuras como la del intelectual totalizador o la del científico solitario: el saber experto, en la contemporaneidad, se produce principalmente a través de entramados de gran envergadura, poblada de multitud de agentes —humanos y no humanos— que se articulan de las más diversas maneras, en los que se movilizan cantidades ingentes de conocimiento y se produce un gran volumen de mediaciones.

Se delinea aquí la idea del entramado experto como *la trama de actores, prácticas, protocolos, técnicas y tecnologías que ayuda a producir y sostener realidades desde el punto de vista de la acumulación y aplicación experimentada de los conocimientos*. El entramado experto no deja de ser una abstracción teórica que engloba al conjunto heterogéneo de agentes del saber: tanto las figuraciones humanas encarnadas en científicos, académicos, técnicos, gestores, especialistas, analistas, y consultores, como los agentes no humanos entre los que se encuentran metodologías, leyes, normativas, pautas, discursos, técnicas, herramientas, tecnologías, objetos, prácticas, conceptos, espacios, materiales, inscripciones o representaciones. Todos ellos contribuyen a tramar y sostener de manera fundamental determinadas realidades mediando entre los elementos que la componen.

Los entramados expertos pueden entenderse de este modo como dispositivos específicos de mediación social, es decir, como esa amalgama de elementos dispares que no tiene un origen específico y que se orienta a la resolución de una determinada problemática. Foucault usó el término dispositivo en sus obras *Vigilar y Castigar* (2002) y en *La voluntad del saber* (Foucault, 2003b), el primer volumen de su inconclusa *Historia de la sexualidad*. Él mismo lo definió de la siguiente manera:

Lo que trato de situar bajo ese nombre es, en primer lugar, un conjunto decididamente heterogéneo, que comprende discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas; en resumen: los elementos del dispositivo pertenecen tanto a lo dicho como a lo no dicho. El dispositivo es la red que puede establecerse entre estos elementos (Foucault, 1991: 128).

Nos encontramos con una conjunción de elementos heterogéneos, discursivos y no discursivos, y sobre todo, con la forma en la que se enlazan. No se trata tanto de definir una estructura compuesta de un número determinado de piezas distintas que encajan de una cierta manera, como de la naturaleza del lazo mismo: de la posición que cada elemento ocupa cada uno en relación del otro, “como un juego”, y la temporalidad de su colocación en continuos “cambios de posición” (Foucault, 1991: 129).

También cabe destacar las peculiares relaciones de saber-poder que se producen en los dispositivos, ya que siempre presuponen “una cierta manipulación de relaciones de fuerza, bien para desarrollarlas en una dirección concreta, bien para bloquearlas, o para estabilizarlas, utilizarlas” (Foucault, 1991: 130). Estamos

entonces ante un conjunto de relaciones de poder que producen unos tipos de saber en los que también se sostienen. En estos dispositivos existe además una orientación estratégica, esto es, el dispositivo nace para “responder a una urgencia” (Foucault, 1991: 129) histórica dada.

Sin embargo, se trata de un tipo de estrategias en las que “no hay nadie para concebirlas y muy pocos para formularlas” (Foucault, 2003b: 115-116), lo que genera cierta confusión: el dispositivo se presenta como una estrategia racional, coherente y global pero está compuesto de multitud de operaciones dispares y contradictorias, que luchan unas con otras, que se envuelven mutuamente; es intencional y, al mismo tiempo, no subjetivo (Foucault, 2003b: 115). De ahí que el propio Foucault hablara de un proceso de “perpetuo *relleno estratégico*” (1991: 129), la forma en la que el dispositivo se iba reajustando y modificando ante las resonancias y los efectos contradictorios que se producían entre los distintos elementos heterogéneos que iban surgiendo. El entramado experto también se despliega en estos términos de *urgencia histórica*, *relleno estratégico* e *intenciones no subjetivas*.

En este caso, se trata de un dispositivo que puede afectar a la realidad social y a los sujetos que la actúan, siempre desde un punto de vista experto y especializado. Esto no implica que la orientación del entramado como dispositivo de mediación social sea el resultado de la volición de un único agente o de unos pocos agentes que imponen sus objetivos sobre el resto, sino que su tendencia —y probablemente su origen— responden a una *necesidad* social genérica que toma la forma de ese entramado como posible respuesta emergente. Son en los dispositivos y entramados donde descansa la capacidad para transformar de forma orientada y estructurada una determinada realidad, aunque estén articulados y atravesados por multitud de agentes, procesos, práctica e ideas que imposibilita localizar ningún foco neurálgico del que emane esta propositividad o intencionalidad.

El propio Foucault pareció encontrar dificultades para realizar una definición de dispositivo que no lo presentara como algo cerrado, infranqueable. De ahí que resulte de gran interés la interpretación que hizo Deleuze del mismo, entendiéndolo como “una especie de ovillo o madeja, un conjunto multilineal” (1990: 155). Una imagen, la del ovillo o la madeja, que coincide con la de entramado como tejido anudado del que surgen multitud de hilos que se tejen y se entrelazan —al mismo tiempo que se deshilachan y destejen— de las más diversas maneras.

El entramado, al igual que el dispositivo, posee entonces una orientación estratégica que responde a una urgencia histórica. En este caso, me refiero a la construcción experta de la realidad social, ayudando a construir sentido en la contemporaneidad. Como orientación estratégica, no todos los elementos del entramado tienen por qué considerar de forma explícita esta cuestión, ya que los objetivos buscados por cada cual son dispares. Después de todo, y de acuerdo con Latour, la intencionalidad no es propia de actores concretos, sino precisamente de estos dispositivos, aparatos, instituciones o, en este caso, entramados: “Es posible que la acción propositiva y la intencionalidad no sean propiedades de los objetos, pero tampoco son propiedades de los humanos. Son propiedades de las instituciones, de los aparatos, de lo que Foucault llamaba dispositivos” (2001: 230).

En este sentido, los entramados expertos que median en la construcción de sociedad se presentan como dispositivos contemporáneos. Las líneas que forman un dispositivo se dividen entre “líneas de estratificación o sedimentación —lo que somos/dejamos de ser— y líneas de actualización o de creatividad —las que dan paso a nuevos dispositivos” (Deleuze, 1990: 161). Foucault describió aquellos dispositivos del pasado, los de la antigüedad, los del poder soberano, los de la disciplina, y sobre ellos esbozó algunas de las líneas que los abrieron, que permitía intuir aquello que dejábamos de ser para observar lo que estábamos empezando a ser. El entramado experto, de un modo más modesto, está contribuyendo a que, en la contemporaneidad, podamos entender qué estamos siendo ya y qué dejamos de ser. Es un entramado que se encuentra más cerca de “disposiciones de control abierto y continuo” (Deleuze, 1990: 160), en parte, un movimiento que puede ser explicado por la creciente autonomía que se manifiesta en las racionalidades políticas neo-liberales examinadas en este artículo.

En estas derivas se encuentran los nuevos dispositivos, aunque con una orientación distinta, menos biopolítica y más etopolítica: las cuestiones del sentido, de la identidad, de lo que somos, entran como objeto explícito en la cuestión de la gubernamentalidad y no aparecen solamente como su efecto. Y esta podría ser la llamada urgencia histórica mencionada más arriba, un momento de crisis acentuada, una coyuntura en la que la multiplicación de los procesos de hibridación que magnifican la temporalidad de las asociaciones, la inestabilidad de los ensamblados sociales y la fragilidad de las identidades, y que indican que “ya no estamos seguros de qué significa ‘nosotros’” (Latour, 2008: 19). Se requiere entonces de dispositivos o entramados que, al mismo tiempo que encajan en estas ontologías fluidas y cambiantes (García Selgas, 2007), son capaces de crear determinados asientos, por muy débiles que sean, produciendo subjetividades que se integren en nuevas ideas de un(os) nosotros.

En resumen, debido a la progresión durante las últimas décadas por la que proliferan cada vez una mayor cantidad de expertos especializados, se vuelve más difícil pensar el trabajo de figuraciones del saber más o menos aisladas. Sólo es posible concebirlas en complejos entramados de espacios, instituciones y redes en las que se comunican con multitud de otros expertos y entidades. Se pasa de una serie de figuras —el intelectual, el ingeniero social, el experto o analista simbólico— a una eclosión de agentes expertos que se entretejen en redes que forman complejos entramados. Como los dispositivos foucaultianos, siguen una orientación estratégica que les conduce a actuar sobre determinadas problemáticas sociales en momentos determinados del tiempo.

6. Bibliografía

- Bakunin, M. A. (1990): *Escritos de filosofía política*, Madrid, Alianza.
- Bauman, Z. (1989): *Legislators and Interpreters: On Modernity, Post-modernity and Intellectuals*, Cambridge, Polity Press.
- Bauman, Z. (2003): *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2005): *Modernidad y ambivalencia*, Barcelona, Anthropos.
- Beck, U. (1998): *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós.

- Bell, D. (1986): *El advenimiento de la sociedad post-industrial: un intento de prognosis social*, Madrid, Alianza Editorial.
- Berger, P. L., y T. Luckmann (1997): *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido: la orientación del hombre moderno*, Barcelona, Paidós.
- De Marinis, P. (2009): “Los saberes expertos y el poder de hacer y deshacer sociedad.” en G. Gatti, I. Martínez de Albeniz y B. Tejerina (eds.), *Tecnología, cultura experta e identidad en la sociedad del conocimiento*, Bilbao, Universidad del País Vasco, pp. 53-96.
- Deleuze, G. (1990): “¿Qué es un dispositivo?” en VV.AA., *Michel Foucault, filósofo*, Barcelona, Gedisa.
- Donzelot, J. (2007): *La invención de lo social: Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Dubet, F. (2006): *El declive de la institución: profesiones, sujetos e individuos en la modernidad*, Barcelona, Editorial Gedisa.
- Foucault, M. (1991): *Saber y verdad*, Madrid, La Piqueta.
- Foucault, M. (2002): *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Foucault, M. (2003a): *Hay que defender la sociedad: Cursos del Collège de France 1975-1976*, Tres Cantos, Akal Ediciones.
- Foucault, M. (2003b): *Historia de la sexualidad*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.
- Foucault, M. (2004): *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Valencia, Editorial Pre-Textos.
- García Selgas, F. (2007): *Sobre la fluidez social. Elementos para una cartografía*, Madrid: CIS.
- Giddens, A. (1993): *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza.
- Kanigel, R. (2005): *The One Best Way: Frederick Winslow Taylor and the Enigma of Efficiency*, Cambridge, Mass., The MIT Press.
- Knorr-Cetina, K. (1999): *Epistemic Cultures: How the Sciences Make Knowledge*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Lamo de Espinosa, E. (1996): *Sociedades de Cultura, Sociedades de Ciencia: Ensayos Sobre la Condición Moderna*, Oviedo, Nobel.
- Lamo de Espinosa, E. (1999): “Notas sobre la sociedad del conocimiento” en F. García Selgas y J. B. Monleón (eds.), *Retos de la postmodernidad*, Madrid, Trotta, pp. 147-159.
- Lamo de Espinosa, E. (2002): “La sociedad del conocimiento. El orden del cambio”, en *Libro homenaje al profesor José Jiménez Blanco*, Madrid, CIS, pp. 429-450.
- Latour, B. (2001): *La esperanza de Pandora: ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*, Barcelona, Gedisa.
- Latour, B. (2008): *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*, Buenos Aires, Manantial.
- Latour, B., y Woolgar, S. (1995): *La vida en el laboratorio: la construcción de los hechos científicos*, Madrid, Alianza.
- Lipovetsky, G. (2006): *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona, Anagrama.
- Liotard, J-F. (2006): *La condición postmoderna: informe sobre el saber*, Madrid, Cátedra.
- Muriel, Daniel (2010): “El patrimonio como dispositivo de construcción de lo nuestro en tiempos de... ¿crisis? De la herencia cultural a las identidades: nuevas formas de hacer comunidad en la contemporaneidad”, en P. De Marinis, G. Gatti e I. Irazuzta (eds.), *La comunidad como pretexto*, Barcelona, Anthropos, 307-344.

- Muriel, Daniel (2014): “Expertos en construcción de identidades a través del patrimonio cultural. Lo nuestro en los casos vasco y catalán”, *RIEV*, 59(1), 146-180.
- Muriel, Daniel (2015): “La mediación experta en la construcción del patrimonio cultural como producción contemporánea de «lo nuestro»”, *AIBR*, 10(2), pp. 259-288, (<http://dx.doi.org/10.11156/aibr.100206>).
- Muriel, Daniel (2016): “Para una sociología de las mediaciones: cartografía impresionista y algunas (breves) reglas de un método sociológico”, *REIS*, 153, pp. 111-126, (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.153.111>).
- Reich, R. B. (1993): *El trabajo de las naciones*, Madrid, Javier Vergara.
- Rose, N. (2007): *The Politics of Life Itself: Biomedicine, Power, and Subjectivity in the Twenty-First Century*, Princeton, NJ, Princeton University Press.
- Rose, N. y P. Miller (2008): *Governing the Present: Administering Economic, Social and Personal Life*, Cambridge, Polity.
- Rose, N. (1999): *Powers of Freedom: Reframing Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Stehr, N. (1994): *Knowledge Societies*, London, SAGE Publications.
- Touraine, A. (1971): *La sociedad post-industrial*, Barcelona, Ariel.
- Weber, M. (1975): *El político y el científico*, Madrid, Alianza Editorial.